

Condujo su automóvil por la rampa de acceso que descendía al lote de estacionamientos y de inmediato tuvo que encender los faros delanteros, a pesar de que era pleno día afuera. Avanzó al segundo nivel y no halló ni un solo vehículo. Era como una gran caverna llena de penumbra. Aún así siguió recto y giró a la izquierda, detrás de la isla de cemento por la cual se ingresaba al ascensor, y detuvo el vehículo entre dos columnas, ocultándolo de la vista de cualquiera que inoportunamente apareciera. Apagó el motor y se dejó invadir del espeso silencio. Miró su reloj y soltó un suspiro, resignándose a una espera larga. Afortunadamente no fue así; minutos más tarde unos nudillos tocaron al cristal de su puerta.

“Aquí está lo prometido,” dijo el hombre en la gabardina tan pronto bajó la ventana, y le entregó un grueso sobre de manila.

“¿Son todos los documentos que prueban la conspiración?” preguntó.

“Por supuesto. Pero tienes que publicarlos rápido. En cualquier momento se darán cuenta de que faltan.”

“Todavía no sé tu nombre. ¿Cómo denomino a mi fuente en el artículo?”

El hombre de la gabardina lo pensó por menos de un minuto. “Puedes llamarme ‘Garganta Profunda.’”

No, así no fue que sucedió...

Condujo su automóvil por la rampa de acceso que descendía al lote de estacionamientos y de inmediato tuvo que encender los faros delanteros, a pesar de que era pleno día afuera. Avanzó al segundo nivel y se alegró al no hallar ni un solo vehículo. Era como una gran caverna llena de penumbra. Ansioso, siguió recto y giró a la izquierda, detrás de la isla de cemento por la cual se ingresaba al ascensor, y detuvo el vehículo entre dos columnas, ocultándolo de la vista de cualquiera que inoportunamente apareciera. No apagó el motor; necesitarían el aire acondicionado.

Ella era rubia y audaz. Una fantasía no la habría concebido mejor. Su cabello brillante y lacio llovía sobre sus hombros que debían ser sumamente blancos pero que, al igual que el resto de su cuerpo, lucían un fenomenal bronceado; no aquel que deja la piel sonrosada sino el deliberado que la hace ver dorada. Una blusa descaradamente escotada exhibía un simétrico par de senos abundantes y omnipresentes. Él tuvo que retirar su mano del interior de la mini falda negra para poner el freno manual.

La rubia no desperdiciaba el tiempo ni requería que él tomara la iniciativa; cruzó una elegante pierna por encima de su cuerpo y se sentó sobre él. La cálida punta de su lengua recorrió el contorno de su oreja mientras que su cabellera acariciaba su rostro.

Él deslizó ambas manos debajo de la blusa roja para alcanzar un seno con cada una. Eran suaves y calientes. Cien por ciento libres de cirugía. Prueba de la existencia de un Dios. Cooperadora, ella irguió

Así no fue

POR RAMÓN FRANCISCO JURADO

los brazos sobre su cabeza permitiendo que él la despojara de la blusa de seda, revelando un escaso sostén negro con encaje. Se apenó de cuánto tuvo que luchar con el cierre, pero ella enmarcó su perfecta dentadura en una sonrisa, sus manos desaparecieron tras su espalda por un segundo y acto seguido arrojó la pieza de ropa interior al asiento trasero. Él suavemente acercó su boca al pezón izquierdo, mientras ella gemía y sus manos soltaban su correa y desabrochaban sus kakis. Él descifró la acción sólo por el movimiento, pues lo único que veía eran las montañas doradas en las cuales se hundía su cara.

No, no fue así que ocurrió...

Soltó el pedal del embrague muy rápido y el automóvil se le apagó en primera. Lo volvió a encender mientras avanzaba por la rampa de acceso que descendía al lote de estacionamientos. Inclino la cabeza hacia delante para ver en la oscuridad, pero no se le ocurrió encender los faros delanteros. Descendió al segundo nivel, y se tranquilizó al no hallar ni un vehículo, sólo una gran caverna llena de penumbra. Desesperado, siguió recto y giró a la izquierda, al rincón detrás del ascensor. Le preocupaba no encontrarlo. Como no había activado las luces, golpeó la defensa contra la isla de concreto al aparcar entre las dos columnas.

El hombre al cual buscaba era una sombra más; sólo pudo divisarlo gracias a la punta escarlata de su cigarrillo. Bajó del carro, dejó el motor en marcha y caminó hacia él.

“¿Trajiste el dinero esta vez?” le preguntó sin inmutarse en intercambiar saludos primero.

“Claro, no te preocupes;” él balbuceó, y del bolsillo de sus vaqueros extrajo un puñado de dólares arrugados que su palma sudorosa entregó sin vacilar.

“¿Eso es todo lo que trajiste?”

“Es que pensé que el resto te lo podía pagar mañana, sin falta. Tú ya me conoces. Sabes que no te voy a quedar mal.”

“¿Te parece que me veo como una hermana de la caridad?”

Él soltó un suspiro y resignado propuso, “Dame lo que puedas con esa plata, pues.” El fumador extendió una mano y le entregó una bolsita. Mientras caminaba de vuelta a su vehículo se sintió profundamente decepcionado por la poca cantidad de polvo blanco que contenía. Pero al menos eso le resolvería la noche.

No, así tampoco fue...

Condujo su automóvil por la rampa de acceso que descendía al lote de estacionamientos y activó los faros delanteros, malhumorado por su descuido. Avanzó al segundo nivel y no reparó en la ausencia de vehículos. Era como una gran caverna llena de penumbra. Se estacionó frente a la isla de cemento por la cual se ingresaba al ascensor, y dejó el motor en marcha mientras buscaba en el asiento trasero la tarjeta de acceso a su oficina, en donde había olvidado un informe que tenía que haber analizado para primera hora de la mañana siguiente.

En eso sintió un golpecito en la ventana, y lo primero que vio al voltear fue el cañón del revólver que le apuntaba, empuñado por un negro gigantesco que le modelaba sus dientes de oro. “Bájate del carro y deja tu cartera adentro,” le ordenó.

“¡Hey, no me hagas esto, por favor!” le imploró, pensando en su Lexus último modelo que apenas había comprado dos meses atrás.

“¡Bájate que no quiero que los asientos de cuero se manchen de sangre!”

Él miró fijamente al atracador y, desconcertado, le dijo, “Pero así no fue que pasó...”

Condujo su automóvil por la rampa de acceso que descendía al lote de estacionamientos, encendió los faros delanteros y avanzó al segundo nivel, en donde sólo había un vehículo. Apenas se veía entre las dos columnas de la isla de cemento por la cual se ingresaba al ascensor, pero el movimiento atrajo su mirada, y aún en la penumbra logró divisar dos figuras: Una mujer forcejeaba con un individuo que intentaba meterla al asiento trasero del sedán.

Activó las luces altas e hizo chillar los neumáticos al dirigirse directo a ellos. Su aparición inoportuna alarmó al asaltante, quien liberó a la mujer corrió hacia el elevador. Él se bajó del carro en marcha, sintiéndose un tanto intrépido, y la mujer de inmediato se lanzó a sus brazos.

“¡Me iba a violar!” Ella sollozó en su hombro. “¡Gracias! ¡Gracias!”

Un vistazo al asiento trasero al cual ella casi fue introducida reveló la presencia de una cuerda, una mordaza, un puñal, y un galón de gasolina. Precavido como siempre, tomó su celular y convocó a la policía.

“Mejor salimos de aquí mientras llegan,” le propuso a la señora, y sólo entonces reparó en ella: Cabello rubio, brillante y lacio.

Una figura escultural de piel deliciosamente bronceada. Senos abundantes y omnipresentes, que rezó porque fueran naturales. Y un par de pozos celestes en lugar de ojos.

“¡No sé ni cómo agradecerle de la que me salvó!” exclamó ella desconsolada.

“Nada más me alegro de haber llegado a tiempo,” replicó procurando sonar muy varonil. “¿Cuál es tu nombre?”

La policía llegó demasiado rápido. “Ciudadano,” le dijo uno de ellos, pero él lo ignoró y continuó concentrado en ella. “¡Ciudadano!” Él hizo una mueca de exasperación. ¿No se daban cuenta de que estaba en el delicado proceso de obtener el nombre y el número de teléfono de la rubia? “¡Ciudadano!”

Abrió los ojos, pero la luz era demasiado intensa y los cerró por reflejo. Al instante volvió a abrirlos y la misma luz fue tomando forma concreta hasta revelarse como el haz de una linterna portátil en manos de un policía de tránsito que lo iluminaba a través de la puerta abierta de su auto. Pero, ¿dónde estaba su carro?

El lote de estacionamientos subterráneo había desaparecido. En su lugar había una calle abierta, una gélida brisa nocturna, y un poste de iluminación demasiado cercano.

“¡Está consciente!” El oficial le gritó a su compañero, que impartía instrucciones por la radio de la patrulla detenida a unos cuantos metros de distancia, a la orilla de la calle.

Una inspección ocular bastó para delatar al escenario: Tras una larga noche de estudios, rumbo a su casa se había quedado dormido al volante. Afortunadamente su pie se debió haber deslizado del acelerador y con poca inercia no hubo mayor daño cuando condujo el automóvil por la acera directo al poste en el cual concluyó el trayecto somnoliento. Gracias a eso sólo su defensa y su radiador estaban torcidos, y él sólo había sufrido un ligero golpe en la cabeza.

Esa misma versión le relató a los policías de tránsito cuando lo cuestionaron acerca del accidente, y cuando insistieron vehementemente en un examen de alcoholemia él les insistió sin titubear: “¡De verdad, oficiales, así fue que pasó!”

RAMÓN FRANCISCO JURADO. Nace en la ciudad de Panamá en 1979. Abogado. Novelas: *Mirada siniestra* (2002); *La niebla* (2005) y *Veritas liberabit* (2009).